

JAIME ÁLVAREZ SOBERANIS, UN GRAN MEXICANO Y CONCERTADOR DE VOLUNTADES

JOSÉ IGNACIO CAMPILLO GARCÍA*

Quisiera iniciar estas palabras, haciendo expreso el propósito que hoy nos une -de suyo generoso, de suyo nostálgico-: hacer el recuerdo del amigo que se ha ido, en el mejor momento de su vida. Cuán difícil nos resulta a la mayoría de los seres humanos acostumbrarnos, quizás no tanto a la idea de la muerte, sino a la ausencia de aquéllos que hubieron de formar parte de nuestras vidas.

Con mi amigo -con nuestro amigo-, Jaime Álvarez Soberanis, me está resultando hartamente difícil. Con él me fue permitido realizar, al igual que para muchos otros, una de las etapas más fructíferas de mi vida, que a la postre habría de constituirse en un apasionado e insobornable amor a México y en una auténtica vocación de servicio.

Fue en los inicios de la década de los setentas, cuando a raíz de la expedición de un novedoso cuerpo de leyes en materia económica (siendo la primera de ellas, la Ley de Transferencia de Tecnología), se conformó un grupo de jóvenes brillantes y entusiastas, con el propósito de servir en las áreas administrativas que dichas leyes habían al efecto creado. Esto se hizo, inicialmente, bajo la dirección de Enrique Aguilar Riverol, apoyado en sus mandos inmediatos, por Mauricio de María y Campos y el propio Jaime Álvarez. Al dejar Enrique Aguilar la dirección de esta dependencia, sería Jaime quien la encabezara, para convertir esta unidad de veinteañeros en un semillero de servidores públicos que habrían de nutrir futuras áreas relacionadas con la regulación de la inversión extranjera, la propiedad industrial, la protección al consumidor, entre otras. Andando los años, sin embargo, el grupo tomaría su propia denominación: el "grupo de transferencia de tecnología".

La generación a la que me refiero, fue heredera de la conciencia del '68: de la de París, la de Tlatelolco e, incluso, la del Avándaro rockero. Abrevamos de Carlos Fuentes, Paz, Monsiváis, Cuevas y hasta de Rius y los "Supermachos"; como también lo hicimos de Cortázar, Marcuse, Fromm y McLuhan, pasando, desde luego, por los Beatles, "Daniel el Rojo" y María Sabina. En lo político, nuestro discurso había sido permeado por una conciencia social basada en la Revolución Mexicana, y teníamos como oráculo a nuestra

* Magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal. Palabras dirigidas en el homenaje póstumo al Lic. Jaime Álvarez Soberanis en el Museo de la Ciudad de México organizado por el Departamento del Distrito Federal el 7 de febrero de 1996.

Constitución Política, que, a la vez de considerarla programa y rumbo, era garante de nuestros más caros valores como nación soberana.

En lo social, sabíamos, igualmente, que México era un país de desiguales, de dramáticas diferencias sociales -"de muchos pisos", diría el autor de Los Hijos de Sánchez-, y que al débil se le debía de dar, a través de las leyes, una condición de igualdad frente al poderoso, ya fuera éste nacional o extranjero; aprendimos, por tanto, que aún en régimen de libertades, como dijera Lacordaire, en no pocas ocasiones la libertad es la que sojuzga y la ley es la que liberta. Teníamos fe en que el respeto a la ley fuera el principio inequívoco de un verdadero estado de derecho; teníamos, en fin, la convicción de que la grandeza y certidumbre de nuestro futuro, debía refrescarse a diario en el estudio cuidadoso de nuestra historia y sus signos dialécticos; creíamos, por consecuencia, en Morelos, Juárez, Madero y Cárdenas (el del Eje Central, desde luego).

En todo esto creíamos. Y, mejor aún, seguimos creyendo. Desde nuestras modestas trincheras, sean éstas del sector público o del privado, continuamos defendiendo tales principios básicos. Si en las reuniones anuales del "grupo de transferencia de tecnología" -a las que tú, Jaime, desde siempre convocaste-, las discusiones eran álgidas y vehementes, era por el matiz personal que cada uno consideraba darle a nuestro credo común. Pero en lo fundamental no había divergencias: Jaime, a la sazón, entre paternal y divertido, zanjaba las diferencias y nos reconciliaba; todos accedíamos a su llamado conciliador, chocando copas y pasándonos todos el brazo sobre los hombros, en fraternal y tumultuario corrillo.

Este era el mestizaje logrado por Jaime: abogados, economistas e ingenieros; dos escuelas y dos principios coincidentes: el "VERITAS LIBERABIT VOS" ("LA VERDAD OS HARÁ LIBRES"), lema de la Universidad Iberoamericana, hermanado con el de "POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPRITU", de mi querida Alma Mater.

Éramos, -¡somos!-, una generación forjada a fuego a lo largo de veinte años de crisis recurrentes en diversos ámbitos de la vida nacional; mas, sin embargo, en el único aspecto en el que tales crisis no han afectado a este modesto grupo (al igual que para muchos, muchos otros mexicanos), es en el aspecto moral. Hoy se dice en la prensa extranjera que somos un país poco serio, abrumado por el narcotráfico y lacerado por la corrupción. En el interior, se duda de nuestro gobierno, de nuestros empresarios, de nuestros profesionistas, del obrero y del campesino; y peor aún, hay quienes dudan de nuestras instituciones, de la Ley y de la Justicia; hay, por desgracia, quienes están dispuestos a creer en todo, menos en sí mismos.

Recuerdo, querido Jaime, cuando hubimos de reunirnos contigo por última vez, el pasado 7 de diciembre, en que me "aventaste" por enésimo año a decir unas palabras. Accedí remilgoso y apesadumbrado, aunque estimulado por ese ambiente que sólo tú sabías dar. Me limité a hacer un recuento del año terrible que estaba por terminar (pensando que lo peor ya había pasado; quién habría de imaginar que pocos días después

nos dejarías para siempre); concentré entonces mi dicho en lo que había palpado momentos antes como la mayor preocupación de los que allí estábamos: ¿cómo evitar caer en el torrente de la autodenigración y de una supuesta crisis moral? Afirmé entonces lo que hoy no puedo más que repetir: que no somos un país de corruptos; que siguen existiendo hombres probos y de buena fe en abrumadora mayoría; que hay funcionarios honestos; que hay jueces intachables; que hay empresarios nacionalistas; que hay profesionistas capaces; que campesinos y obreros siguen siendo factor de verdadera riqueza. Que, igualmente, los conceptos de Nación, Soberanía, Ley y Justicia Social, persisten en su más pura acepción; que México sigue siendo grande; que México no se acaba; que México es eterno...

Como podrán ustedes adivinar, de esas tertulias (no me dejarán mentir quienes las frecuentaban) siempre salíamos salpicados de un perfume reivindicatorio y de redención para con nosotros mismos. En el homenaje póstumo que hoy nos congrega, amigo querido, pretendo que, así como lo tuvo tu presencia, tenga también tu ausencia un sentido redentor.

Sea, pues, tu legado, querido Jaime, refrendar una vez más, el férreo compromiso de seguir luchando por el México que juntos todos concebimos, por ser mejores cada día, por ser como tú esperabas que fuéramos, por ser, finalmente, dignos hijos de esta gran Patria cuyas tierras maternas hoy te cobijan.

¡Descansa en paz, amigo querido!